

EL Derby es, sin duda, una carrera de historia muy cargada. La sola mención de su nombre (pronúnciese "Dabi", con la primera vocal larga y la "r" prácticamente muda) insinúa un escalofrío de emoción en la espalda de los buenos aficionados a las carreras de caballos. Su origen se remonta a 1780, cuando lord Derby, para conmemorar su matrimonio con la bella y muy distinguida lady Elisabeth Hamilton, instituyó en sus posesiones cercanas a Epsom una carrera en la que sólo podían participar yeguas. La competición vino a llamarse **Oaks**, por referencia a una muy popular y concurrida taberna de cazadores sita en esa zona, la **Oaks Tavern**. El éxito de la reunión hípica fue tal, que lord Derby, animado por su amigo sir Charles Bumbury, creó una competición similar en la que pudieran participar también machos. Por iniciativa de Bumbury, la carrera se llamó **Derby Stakes**, y con tales denominaciones han llegado ambas pruebas hasta el día de hoy, reuniendo anualmente en confrontación deportiva a los mejores purasangres de tres años del mundo entero. Los incidentes ocurridos en el Derby desde entonces forman parte del acervo mítico de todos los entusiastas del **turf**, pero en muchos casos trascendieron el círculo hípico para interesar vivamente a otros aficionados a la ética o a la política. Pocas feministas, por ejemplo, recuerdan hoy que la dura pista de Epsom fue el altar en que se inmoló en pro del derecho a voto de la mujer la militante sufragista Emily Davidson, lanzándose en plena carrera al paso del caballo "Anmer", de S. M. el Rey Jorge V. El sacrificio tuvo lugar en 1913, y el propio Rey lo consignó así en su diario aquella infausta noche: "Cuando los caballos tomaban la curva de Tattenham Corner, una sufragista se abalanzó y trató de tomar a 'Anmer' por la brida. Naturalmente, fue pisoteada y resultó seriamente herida, y el pobre Herbert Jones (el **jockey** del Rey) y 'Anmer' rodaron por tierra. Jones resultó inconsciente, con cortes de feo aspecto, las costillas rotas y conmocionado: un sucedido verdaderamente lamentable y escandaloso". Emily Davidson murió tres días después, a consecuencia de las heridas sufridas. La poca amabilidad con que el Rey describe el incidente es comprensible si se tiene en cuenta que el caballo era suyo y que el proceder de la corajuda feminista fue tan indudablemente heroico como hípicamente impertinente.

El Derby de 1976 ha pasado a la leyenda por motivos estrictamente deportivos. Por primera vez un jinete, el inglés Lester Piggott, ha conseguido ganar siete veces esta carrera incomparable. En 1972 había logrado igualar el record de seis victorias que ostentaba Steve Donoghue, un as de la fusta de los felices veinte. Para dar una idea de la magnitud de la proeza, cabe recordar que desde 1950 sólo dos jinetes han logrado ganar un par de veces la prueba y nadie lo ha hecho ni siquiera tres, mientras que un astro de primera magnitud como el extraordinario sir Gordon Richards sólo logró ganarlo una vez... ¡y a los cuarenta y nueve años de edad! Pero este record asombroso no ha sorprendido demasiado a los aficionados, que desde hace tres lustros saben que Lester Piggott es, sin disputa, el más fabuloso jinete del siglo, uno de esos casos únicos en los que el genio se alía con unas condiciones físicas fuera de lo común, produciendo como resultado algo así como el jinete ideal, la idea de **Jockey** descendida del emperador platónico a los verdes prados de Epsom. Porque Piggott no sólo monta mejor que los demás, sino que ha introducido cambios auténticamente re-



Con su estilo revolucionario, Lester Piggott, ganador por séptima vez del famoso Derby, es algo así como el Juan Belmonte de las carreras hípicas.

UN DERBY PARA LA LEYENDA

Fernando Savater

volucionarios en la forma de concebir la carrera. Su papel en el deporte hípico es comparable al desempeñado por Juan Belmonte en la fiesta de los toros. A los cuarenta años está en la plenitud de sus facultades y de su arte. Quien ha visto alguna vez su diabólica habilidad para colocarse en la mejor posición durante el recorrido de la prueba, quien ha admirado la exactitud creadora —nunca pasiva— de su sentido del paso o ha perdido el aliento de emoción simpática ante su demolidor manejo de la fusta en los metros finales, está en disposición de asegurar que las

carreras de caballos no son simplemente una especie de lotería con bichos ni el especulativo lugar de encuentro entre la vanidad derrochadora de los ricos y la habilidad para el fraude de los truhanes.

El tema de Piggott pone sobre el tapete, naturalmente, la vieja querrela en torno a las "figuras" que cada año San Isidro se encarga de renovar entre los aficionados taurinos. Las "figuras", se dice, son los privilegiados de un negocio que aplasta a los modestos y pundonorosos secundones, entre el papanatismo de un público que en lugar de apreciar al TORO —auténtico protagonista de la fiesta— se decanta lamentablemente por los divos. Reconozco humildemente que aunque me entusiasman rabiosa-

mente los caballos y los toros, no hay miura que me parezca tan admirable como Paco Camino ni purasangre que me interese más que Lester Piggott. Para ser exactos, lo que me interesa del miura o el purasangre es lo que Paco Camino o Lester Piggott pueden hacer con ellos; abandonados a sí mismos, tales animales quizá produzcan un registro de emociones comparable al de las cataratas del Niágara o las industriosas hormigas; santa reverencia a la madre Naturaleza que tiene que ver poquísimo con el juego o la fiesta. El toro de lidia o el caballo de carreras son elementos plenamente artificiales, creados por un arte y para un arte: cuando falta ese arte, son tan aburridos (o interesantes) como las moscas, pero en más grande. Según cuentan, un Sha de Persia que visitó Londres a principios de siglo rechazó la invitación que se le hacía de asistir al Derby con este exabrupto impecable: "No, gracias, ya sé que hay caballos que corren más que otros". Del mismo modo podía haber rechazado una corrida, arguyendo no ignorar que los toros embisten con más o menos brío a lo que les irrita. Aquí, sin embargo, el presunto descendiente de los Sasánidas olvidaba lo fundamental: en su caso, Lester Piggott, y en el taurino supuesto por mí, a Paco Camino. ¿Hará falta señalar que esta doctrina no renuncia a mejorar la casta y trapío de los toros o la clase y condición de los caballos de carrera? Precisamente lo contrario, pues de lo que se trata es de señalar el sentido de tal mejoramiento, que lo justifica y hace imperioso. Pero siempre los toros para el torero y los caballos para el jinete, no viceversa. Respecto a las estimulantes cualidades morales que se elogian en los modestos —honradez, valor, abnegación, pundonor, condiciones económicas y sociales adversas...— y que las "figuras" nunca reúnen, poco hay que decir. Hay atributos que honran a un arquitecto, un boticario o un militar, pero que son perfectamente superfluos en ámbitos de laboralismo menos explícito y más creativo. La forma de ser honrado de un creador no es la misma que la de un epígono, y muy posiblemente su abnegación es el orgullo y su pundonor la inconstancia. El mito de la justicia y la igualdad, cuyo ímpetu liberador en el campo de la organización social o del reparto económico es indiscutible, al traspasarse acriticamente al mundo de la fiesta, el juego o el arte se convierte en pura expresión del resentimiento. Vaya esto en defensa de las "figuras" o, mejor, en confusión de sus justicieros detractores.

A veces se dice que el secreto de los buenos jinetes es montar siempre los mejores caballos. El mismo Piggott ha señalado que son los buenos caballos los que forman al gran jinete. Pero el proceso es también reversible, pues un mal jinete puede anular al mejor de los caballos; en todo caso, es perfectamente falso decir que con un buen caballo gana cualquiera. Precisamente el buen jinete es el que permite al caballo mostrar lo mejor de su condición, que quizá con otra monta permaneciese inédito. No se puede ganar una carrera si no se lleva nada debajo, eso es evidente, pero es facilísimo perderla montando un excelente caballo. Esto último es lo que un buen jinete no suele hacer, y de aquí su nombradía. El caballo que Lester montó este año en el Derby, "Empery", no tenía otras credenciales que su excelente origen y un tercer puesto en una buena carrera francesa. Si lo hubiese mon-

tado cualquier otro jinete, hubiese salido a cincuenta a uno en las apuestas; con Piggott salió a ocho a uno, segundo favorito, pues los caballos no son montados por Lester a causa de su favoritismo, sino que llegan a ser favoritos porque él los monta. Su propietario, el millonario texano Hunt, dijo que "no daba un penique por la probabilidad de su caballo", y ni siquiera estuvo presente en Epsom. Cuando acabó la carrera, la hija de Hunt, que asistió al Derby por estudiar en Londres, telefonó excitada a su padre: "¡El tipo larguirucho ya nos dijo que lo haría!". Efectivamente, Lester Piggott había anunciado calmadamente que se disponía a ganar su séptimo Derby. ¿Cómo derrotar al gran favorito, "Wollow", invitado en sus seis actuaciones, cuya lámina es de las más impresionantes que se recuerdan en Epsom? "Necesitaré un cañón", comentó sonriendo Piggott. No le hizo falta. Cuando los caballos salieron de la durísima curva Tattenham Corner —allí donde Emily Davidson se arrojó sesenta y tres años antes bajo los cascos del purasangre real— y afrontaron la recta final, Piggott marchaba en cuarta posición. En cabeza, el francés "Vitiges", montado por Rivases, que había marchado en punta durante todo el recorrido y al que ya quedaban pocos metros de primacía. Tras él, "Relkino", montado por Joe Mercer, veterano jinete de los caballos de la Reina, que al día siguiente se enteraría de que había sido cesado de su puesto por alguna intriga de establos. Y luego, todo el gran conglomerado de veinte participantes más. "Relkino" desbordó a "Vitiges" y se fue con alegre estirada hacia la meta, tal como su padre "Relko" hizo en su victorioso Derby de 1963. Le siguió "Oats", conducido por el wonder boy Pat Eddery, actual campeón de jinetes en el escalafón de Gran Bretaña. "Empery" había parecido encerrarse un momento, pero una férrea torsión de rodillas de Piggott le puso en el centro de la pista. Luego, toda una exhibición de cómo empujar a un caballo durante la recta final. ¡Esa fusta, esa fusta que parecía comunicar estimulantes impulsos eléctricos a los músculos de "Empery"! Ganó ampliamente, sobre "Relkino", sobre "Oats", sobre el sorprendente irlandés "Hawkberry", que remató en tromba; sobre el apático favoritísimo "Wollow", que no permitió al excelente jinete sardo Gianfranco Dettori ganar su primer Derby... En las tribunas, el grito que es casi ahogado por la emoción: "Come on, Lester!". Medio millón de personas, gitanos, lores, reyes, vagabundos, jugadores, borrachos... El ventrílocuo que sentado en su carrito mueve un muñeco pelirrojo que toca los platillos y canta baladas escocesas. La pareja que se refocila en la yerba, ella con la blusa completamente desabrochada, él con la mano perdida en el delicado juego de palpar. Felipe de Edimburgo, entre irónico y aburrido, siguiendo a su regia consorte a la distancia reglamentaria. Los niños que juegan a ser caballos, pero no purasangres de carreras, sino arriscados potros de pielroja en la irrecuperable Arizona de los "westerns". La cerveza, la cerveza a ríos, que calma, refresca, hace sudar...; para otros, los triunfadores o los opulentos, el champán francés importado. ¡El Derby, el Derby Stakes, la gran carrera inglesa! Y el mejor jinete del mundo ganándola por séptima vez en la tarde fervorosa y sonora de junio. Epsom, 1976. "Come on, Lester!". Yo lo vi, yo estaba allí. ■

OZONO

China: Educación
Raimon/James Dean
Cannes '76 / Julio Caro Baroja
Arabal/Claudio/Rolling Stones
Biel de Venecia
Pablo Iglesias / Manuel Quintanilla



EN ESTE NUMERO

China: Educación en la Revolución./ Habla García Márquez./Arte y política en la Bional de Venecia./Fernando Claudin./Cannes '76./Luis Cilia./Pi de la Serra./Rolling Stones.

EN LOS NUMEROS ANTERIORES

Número 7
"Dossier" Raimon./James Dean./ Carandell Show./Julio Caro Baroja./ Cultura del "remake"/Grecia Libre.

Número 8
Exilio cultural español./Castilla del Pino./"Dossier" Dylan./Tábano./Informe Visconti./Cela./Vigencia del blues.

Número 9
Violencia juvenil./Portugal: Mujer y Revolución./Kate Millet./"Dossier" María del Mar Bonet./Violeta Parra./ José Ortega./Buero Vallejo./Bardem./Carlos Alvarez./Althusser./ Howard Hughes.

DESEO SUSCRIBIRME A LA REVISTA
"OZONO"
A PARTIR DEL NUMERO...

Nombre:
Domicilio:
Población: D. Postal:
Provincia:

El importe total de ptas., más los gastos de envío, lo haré efectivo:

Contra reembolso
Cheque bancario núm.
Giro postal núm.

PRECIO DE LA SUSCRIPCION:

Un año: 600 pesetas.
Un semestre: 300 pesetas.

Equipo OZONO, S. A.
Juan Hurtado de Mendoza, 9, 1.º
(Apartamento 109)
Madrid-16